

# Colombia ¿reconciliación posible?\*

Jorge Eliécer Guerra Vélez

Aunque hoy por hoy Colombia figure entre las destinaciones turísticas más en boga y no el país al que gobiernos extranjeros, embajadas y guías turísticas recomendaban evitar dos o tres décadas atrás, no dejan de ser preocupantes algunas cifras que si bien no siempre coinciden nos ofrecen algunas entidades oficiales, ONG y analistas a propósito de las múltiples violencias presentes a lo largo y ancho del territorio. Baste citar un balance elaborado por la Universidad Externado de Colombia según el cual, a partir de cifras recopiladas por el Instituto Nacional de Medicina Legal, el número -: *de homicidios habría aumentado cerca de un 5.2% entre enero y noviembre de 2023 en comparación al mismo periodo de 2022. En los primeros 11 meses de 2023, habrían ocurrido 12682 homicidios, 637 casos más que en 2022 cuando se registraron 12045. Estas cifras arrojan un promedio mensual de 1152<sup>1</sup>:- personas asesinadas. Y aunque el informe precisa que en otras estadísticas suministradas por otras dos importantes instituciones como son la Policía Nacional o el Departamento Nacional de Estadística DANE se observa un descenso, con 11037 o 11390 homicidios respectivamente, una tal diferenciación de dígitos, como también las sucesivas explicaciones respecto al lugar, autores y contexto en que ocurren los hechos criminales, siguen irresolutas las preguntas del ¿Cómo detener tanto baño de sangre que resulta de la sumatoria de un hecho allí u otro acá ? O al menos del ¿Cómo acercarse a las cifras de aquellos países que viven, como se dice normalmente?<sup>2</sup>*

## KEYWORDS

Agresividad  
Víctimas y victimario  
Traumatismo fundador  
Ilegalidad  
Subculturas políticas  
Paz  
Transformaciones

## Jorge Eliécer Guerra Vélez

Sociólogo de la Universidad de Antioquia – Medellín

Doctor en Estudios sobre la Sociedad Latinoamericana Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad París III Sorbonne Nouvelle

Autor de La izquierda legal y reformista en Colombia desde la Constitución de 1991



De pronto, cabría sugerir precisamente que esta cuestión de la delimitación resulta relevante, y no solamente en las numerosas guerras civiles que tienen lugar en Colombia hasta la guerra mayor, o de los *Mil días*, sino además en muchas de las violencias y conflictos propios del siglo XX [...]

Ni el fin de la era de los dos grandes carteles de la Droga (Medellín y Cali), ni el sometimiento de los jefes de las principales estructuras paramilitares, ni el acuerdo de Paz con las FARC, y ni siquiera con el hecho que desde 2022 el país se encuentre por primera vez en su historia gobernado por un dirigente calificado de izquierda, se le ha puesto freno a tanta mortandad, pese a que hay que precisar que la intensidad y dureza han desaparecido de algunos territorios mientras en otros se ha prolongado o desatado. Lo paradójico del caso es que ello sucede a la par con un alto número de intentos, de marcos jurídicos que desde sus inicios generaron la imagen de un país institucionalista y de sendos informes en aras de comprender las violencias y desde los mismos crear alternativas para calmar tanta agresividad en un nivel deseado del orden nacional.

¿Dónde residen los obstáculos a los anhelos de vivir tranquilamente o en paz? Entendiendo por Paz no exclusivamente el silencio de las armas o la imposición de un orden fijado por una parte beligerante que triunfa, sino mejor aquella emanada del trámite de los conflictos por vías democráticas y la reconciliación de las partes, entre las víctimas y victimarios, de la sociedad entera. Antes de proceder a una elaboración argumentativa conviene exponer someramente algunos elementos tanto históricos tanto socio políticos que pueden servirnos al momento de hacer una mejor interpretación de la paradoja colombiana.

Antes de entrar en materia es menester aclarar que históricamente Colombia, en comparación con casos notorios del subcontinente latinoamericano como son el Perú, y *la Nación Inca*, o México, y *La Serpiente Emplumada*, carece de lo que se conoce en tanto mito o traumatismo fundador. Y por ambos

\* El autor agradece los valiosos comentarios y precisiones del sociólogo y director del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, Alejandro Pimienta Betancur, y de la antropóloga y responsable del Informe final de la Comisión Nacional de la Verdad, seccional Antioquia, Catalina Cruz Betancur. Y obviamente a Leonardo Veneziani por su ayuda a la construcción conceptual y metodológica de este artículo

entendemos, o bien el discurso narrativo o gran mito que funge como respuesta de las civilizaciones en aras de superar un primer e importante traumatismo inicial (Girard,1972), o el traumatismo mismo, de manera cruda, del cual se desprende la narrativa que permite comprender una determinada sociedad (Gutmann, Millat, 2013; Gutman, Toral, 2018). Luego, sea deteniéndonos en el mito, sea indagando por el traumatismo originario que lo produce, la identidad nacional colombiana no la han forjado ni en el heroísmo de las comunidades *ancestrales*, ni tampoco los relatos que se erigieron a raíz del traumatismo que supuso la llegada del invasor español. Esto mismo ocurre respecto a otros acontecimientos o traumas que suceden en los siglos posteriores y en torno a los que no se generan consensos generales o plenamente aceptados. Así, es dependiendo del momento, del discurso histórico, de las características socio-espaciales, económicas o políticas, del reconocimiento del carácter de víctimas, del lugar desde donde hablan expertos, dirigentes políticos y líderes ideológicos, que lo que mejor convendría es no hacer alarde de un traumatismo único y si más bien de un agregado de traumatismos que continuos o discontinuos, nacionales o territoriales ha experimentado la sociedad colombiana\*\*.

Es menester recordar que el actual territorio nacional solo se constituyó plenamente hasta bien entrado el siglo XX, seguidamente a la separación del Estado de Panamá en 1903, que fue un traumatismo para parte de las elites políticas andinas (no tanto las panameñas) que advirtieron allí los intereses estadounidenses seguidamente a la guerra Hispano-Norteamericana y el aislamiento de aquellas élites de los escenarios de discusión internacional<sup>3</sup>. Ya en 1830 se habían producido los deslindamientos de Ecuador y de Venezuela, periodo en el que por igual se redefinirían algunos límites con otros países de aquel territorio que apenas 15 años atrás, y mejor conocido como Nuevo Reino de Granada, -: *se extendía entre el territorio de Guayaquil y la Capitanía General de Venezuela, y entre la América portuguesa y la Capitanía General de Guatemala*<sup>4</sup>:-. De pronto, cabría sugerir precisamente que esta cuestión de la delimitación resulta relevante, y no solamente en las numerosas guerras civiles que tienen lugar en Colombia hasta la guerra mayor, o de los *Mil días*, sino además en muchas de las violencias y conflictos propios del siglo XX en razón

\*\* Empero, para nosotros es evidente que todos estos elementos pueden articularse entre sí, para construir una primera hipótesis de trabajo, con la que no buscamos asentar una interpretación categórica, y si más bien profundizar la comprensión del mito y del traumatismo colombiano. Esta primera hipótesis de trabajo, tanto por razones de espacio como de coherencia con el contenido de este artículo, es precisamente objeto del artículo siguiente: Colombia la transformación posible ? [Guerra Vélez, Veneziani, 2024] .

de la disputa por las fronteras agrícolas, de colonización campesina, de los territorios donde florece en se impone la ilegalidad, y las luchas ideológicas o armadas por el control local, regional, estatal, y claro está por el apoyo forzoso o asentido de la población.



[...] que lo que mejor convendría es no hacer alarde de un traumatismo único y si más bien de un agregado de traumatismos que continuos o discontinuos, nacionales o territoriales ha experimentado la sociedad colombiana.

### EN BÚSQUEDA DE LOS PRIMEROS TRAUMATISMOS NACIONALES

En Colombia se celebran dos fiestas nacionales: el 20 de julio, de 1810, fecha en la cual tiene lugar en Santafé, Capital del Nuevo Reino de Granada, la elección de la por entonces denominada junta suprema en Santafé, compuesta por ilustrados criollos para crear un contrapoder al gobierno monárquico, y el 7 de agosto, de 1819, fecha en que se produce el enfrentamiento que imprime el triunfo del Ejército Libertador sobre la Tercera División del Ejército Pacificador o de Costa Firme, la *batalla de Boyacá*. Este extraño precedente de la celebración de aquellas dos fechas deja entrever, de un lado, un desentendimiento respecto al hecho más marcante de la revolución independentista, del otro lado, que el momento político y el momento bélico suelen yuxtaponerse, pues así acontecerá con los lapsos de concordia y las explosiones violentas posteriores. Luego, de preferir o buscar escoger entre el uno u otro de estos ambos acontecimientos como fundante de la identidad nacional colombiana, siempre debe quedar presente que los antagonistas, los combatientes, fueron en su gran mayoría personas nacidas en el territorio granadino y americano. En ese contexto el aspecto fundante no es la ausencia de consenso frente a la ambición de independencia, y sí más bien el tipo de República que se quiere. O dicho más claramente en la oposición entre quienes proponen un ideal de gobierno como el que impera en las naciones que han dejado de estar sujetas a la autoridad monárquica y quienes sin oponerse a dicha opción, arguyen que ese proceso no debe implicar un quiebre tajante con el reino de Fernando VII.

➤➤ De envergadura internacional, pues en ella hacen presencia batallones provenientes de Venezuela, de Ecuador, Guatemala, Nicaragua, quienes participan no defienden exclusivamente las ideas promovidas por dos partidos políticos, el Liberal y el Conservador, ya instituidos, sino que además los que respaldan y representan particularidades sociales [...]

Consumada la independencia, la cual se concreta hacia 1823<sup>5</sup>, la joven nación se ve obligada a sanar sus heridas físicas y psicológicas. Y aunque no faltaron los vejámenes contra los que fueran llamados traidores a la causa revolucionaria, las amnistías o acuerdos dieron entender por lo general que todas las partes debían contarse en la construcción de una nueva identidad nacional. Pero a pesar de la paz, la alegría y la ilusión reinantes, las dificultades acaecieron al momento de precisar cual tipo de gobierno, entre central o federalista, respondía mejor a las características y procesos sociohistóricos que caracterizaban ese Estado llamado Colombia, y a lo cual se adjuntaban las ambiciones personales o planes geoestratégicos de varios generales que reclamaban retribución dado su protagonismo en las batallas libertadoras, recurriendo a los acuerdos o el entendimiento, aunque también haciendo alarde de su belicosidad. Así, tales aprietos, sin soslayar discrepancias ideológicas por el acaparamiento del Estado, el proyecto político, la estructura del gobierno, los intereses económicos e incluso expansionistas, van a contarse en entre las causas de una veintena de guerras civiles (8 nacionales y una docena de locales y regionales) que siguieron al grito de Independencia y hasta el alba del siglo XX<sup>6</sup>. Siendo precisamente en el paso de un siglo al otro que tiene lugar quizás la más nefasta de aquellas, la *Guerra de los Mil días* (1899-1902).

De envergadura internacional, pues en ella hacen presencia batallones provenientes de Venezuela, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, quienes participan no defienden exclusivamente las ideas promovidas por dos partidos políticos, el Liberal y el Conservador, ya instituidos, sino que además los que respaldan y representan particularidades sociales que se fueron consolidando en las décadas y guerras civiles precedentes, donde surgen diferenciaciones jerárquicas de clase y étnicas al seno de una misma nación que ya casi ha fijado sus fronteras<sup>7</sup>. Así, *la Guerra de los mil días* devino la más costosa y de mayor desastre; pues pese a que las cifras próximas a las 100.000 víctimas, avanzadas por no pocos historiadores deben ser reevaluadas con tendencia a la baja, no más de 30 000, según recientes estudios demográficos<sup>8</sup>, se trata de una carnicería ya que el país contaba con 4,5 millones de habitantes.

➤➤ De esta manera, la importancia de este hecho, que revive con la alusión ficticia y bastante abultada nuestro único nobel de literatura, Gabriel García Márquez, en su afamada novela *100 años de soledad* [...]

Enseguida vienen unas tres décadas de apaciguamiento de los espíritus e ímpetus. Los antiguos generales ceden paso a los gobiernos civiles y los cambios de las hegemonías partidistas suceden sin que medien las armas, con lo cual se evidencia que Colombia ha entrado en un nuevo siglo y en retomado el proceso institucionalista. No obstante hay un hecho que pasa inadvertido entre la opinión, apenas tratado por las dirigencias nacionales, y sobre el cual las nacientes fuerzas de izquierda asumen gran importancia y recuperación; entre las noches del 5 y 6 de diciembre de 1928 varios trabajadores y miembros de sindicatos también flamantes y en plena exigencia de sus derechos ante unos patronos al servicio de la *United Fruit Company* caen bajo las balas de soldados del ejército nacional quienes recibirán orden de impedir toda manifestación. Ocurredida en el municipio de Ciénaga, departamento del Magdalena, se trata de la primera masacre de corte anticomunista de todo el continente americano, pues pese a que las comunicaciones entre los grupos de izquierda con los emisarios bolcheviques se encuentran avanzando, el gobierno conservador ya tiene claro las implicaciones de la Revolución Rusa, aupado por los emisarios empresariales de unos Estados Unidos que saben claramente en ese momento cuáles ideas resultan obstáculo a sus pretensiones capitalistas e imperialistas. De esta manera, la importancia de este hecho, que revive con la alusión ficticia y bastante abultada nuestro único Nobel de literatura, Gabriel García Márquez,

en su afamada novela *100 años de soledad*, es que servirá varios decenios más tarde de referente a algunos analistas y dirigentes de izquierda para indicar que se trató de otro traumatismo que caracteriza un nuevo ciclo de violencia.

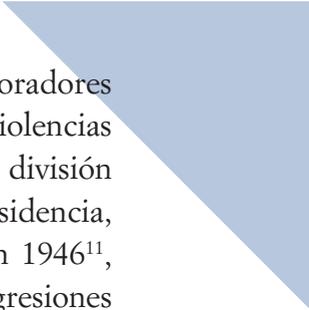
Dejando de momento esta discusión sobre los efectos posteriores de la mejor conocida como *Masacre de las bananeras*, es de precisar que nos referimos a una Colombia que por entonces es netamente rural, y esta realidad no cambia sino hasta los años 70; por lo cual las afinidades políticas y partidistas tienen allí un tinte mayoritariamente social y en menor medida ideológico, es decir que la militancia o la adhesión a los partidos liberal o conservador no obedece a una decisión madurada y reflexionada, como si podía darse a nivel de las dirigencias partidistas y simpatizantes letrados, sino que simplemente se nace bajo una identidad definida por el dominio histórico que una u otra colectividad política tiene en determinada vereda, pueblo, zona o región. Luego, a los dos partidos pertenecen los jefes de familia y por ende sus mujeres y descendencia. Es a esto a lo que con una mejor precisión y detalle se referiría el sociólogo francés y especializado en Colombia Daniel Pecaute al hablar de los partidos liberal y conservador como *subculturas políticas*<sup>9</sup>. Es en ese sentido que debe comprenderse la acción de los denominados Caciques o Gamonales<sup>10</sup>, que no son otros que aquellos dirigentes locales, los notables o aquellos con algún poder económico y quienes aprovechan su ascendencia para armar u oponer sus prosélitos contra las huestes del partido contrario, para instar a no reconocer el poder de un alcalde o representante del gobierno si es del campo adverso. Siendo entre estos, las más de las veces, los miembros de las alas radicales del partido conservador, que dominó el país por cerca de 40 años, que se niegan a aceptar las directivas liberales que desde 1930 han accedido al poder, además porque en muchos lugares las ideas progresistas avanzadas por miembros de

➤➤ **Generalmente la mayoría de primeras agresiones van a adjudicársele a los seguidores de la colectividad azul, del color del partido conservador, pero las bases rojas no quedan exentas de crímenes. Así, en pocos años esta agitación termina desembocando en un nuevo periodo marcante de la historia del país, el cual se presenta en la memoria colectiva como la época de *la Violencia*, con V mayúscula.**

este partido contrastan con las prácticas culturales y religiosas conservadoras. De querellas, amenazas y encontrones se pasa a verdaderas rondas para atentar contra la vida de los rivales políticos, en lo que tienen suma responsabilidad las altas jefaturas de cada partido toda vez que, sirviéndose principalmente de la prensa, atizan las brasas declarando que los militantes y simpatizantes del partido adversario son enemigos de la patria. Generalmente la mayoría de primeras agresiones van a adjudicársele a los seguidores de la colectividad azul, del color del partido conservador, pero las bases rojas no quedan exentas de crímenes. Así, en pocos años esta agitación termina desembocando en un nuevo periodo marcante de la historia del país, el cual se presenta en la memoria colectiva como la época de *la Violencia*, con V mayúscula.

Los liberales conservan el poder durante algo más de tres lustros. Con altibajos, algunas reformas políticas, económicas y sociales re-dinamizan el desarrollo del país. Pero al mismo tiempo dos nuevas corrientes emergen al seno mismo de la familia liberal y la unidad partidista sufre fisuras, aparte que se acrecientan las diferencias entre el centro, tanto geográfico como político, y las periferias, por ende, entre unas elites nacionales, de cierta manera una burguesía criolla o urbana, con respecto a unas jefaturas locales, próximas a la ruralidad. Es en el marco de tales dicotomías que toma fuerza la candidatura presidencial del jefe de una de las dos corrientes liberales; al tiempo que se afianzan nuevas expresiones políticas y próximas a la izquierda. Se trata de la figura liberal que va a marcar la historia del país durante un importante periodo, Jorge Eliécer Gaitán. Dirigente que profesa un populismo que se inscribe en esa tradición que empieza a caracterizar a América latina, Gaitán es ajeno al canal partidista o institucional, ya que se asume en tanto el representante directo de las masas y de las mayorías, allí su conocida frase: *-: no soy un hombre, soy un pueblo :-*. Con un pie en el partido liberal y con el otro en la Unión Izquierdista Revolucionaria, movimiento que el mismo crea, en oposición al oficialismo liberal, poco apreciado por algunas organizaciones propias de la izquierda, tal que el partido Comunista de Colombia (creado en 1930), el *Caudillo* genera un entusiasmo sin par en sendas capas populares debido a su oratoria y carisma, del mismo modo que temor en parte de las dirigencias liberales y obviamente en el partido conservador.

En un principio fueron los adeptos de Gaitán quienes sobrelleven los ataques de los partidarios conservadores, pues además los odios y animadversiones que les llegan desde las jefaturas políticas terminan saliéndose a las mismas



de las manos, y ni el propio dirigente ni sus colaboradores inmediatos tienen capacidad de proteger o contener las violencias que se han desbordado contra sus bases. Así, ante la división liberal, que es manifiesta con dos candidaturas a la presidencia, el partido Conservador retoma las riendas del poder, en 1946<sup>11</sup>, sin embargo, éste carece de voluntad para frenar las agresiones cada vez más evidentes contra miembros del también conocido movimiento gaitanista, primero, y contra las bases liberales en general, seguidamente. Para rematar adviene el momento fatídico de ese periodo; Gaitán es asesinado en Bogotá abril de 1948, lo que provoca escenas de colera y destrucción en la capital del país, antes de convertirse en el preámbulo de esa Violencia que va a expandirse por varios departamentos, con una duración que dependiendo el lugar alcanzó las dos décadas.

Si en las guerras civiles del siglo XIX el combate es protagonizado básicamente por ejércitos que actúan porque defienden o proponen una idea de nación y del poder político<sup>12</sup>, durante la Violencia el enfrentamiento inicial opone a civiles que se declaran pertenecer al partido liberal o al partido conservador, aun si también se presentaron numerosos casos donde columnas del ejército del gobierno conservador atacaron grupos de liberales o escuadrones de la policía vinculada al partido liberal, que a su vez había agredido a partidarios conservadores; antes que los análisis más académicos en años posteriores adviertan factores de índole económico y estratégicos que subyacían o contribuyeron en este nuevo traumatismo. De allí que no pueda hablarse de un único responsable, ni siquiera dos, las dirigencias y bases de los partidos liberal y conservador, sino toda una sociedad colombiana que deba asumir su adeudo, o por acción o por omisión<sup>13</sup>. Tampoco convenga decir que solamente se presentaron asesinatos de una tipología común o simple, pues si hay algo que quedaba expuesto en esta Violencia fue la puesta en práctica de formas crueles para reducir y deshonorar al adversario. En claro, no bastarán los asesinatos con armas de fuego, sino que el machete, los cuchillos y otro tipo de objetos serán utilizados para matar tanto a un miembro o supuesto partidario de uno u otro bando, como a sus esposas, madres o

progenituras. La tortura y la sevicia sobre los cuerpos que son exhibidos en caminos o lugares a la vista de las comunidades tienen como primera finalidad advertirle al supuesto enemigo, a sus familiares o a sus vecinos a lo que se exponían. Así, entre homicidios (que incluye a miembros del clérigo), las masacres, las torturas y las escaramuzas, la Violencia deja una cifra de muertos superior a los 100.000 muertos, centenares de viudas, de huérfanos y un gran número de desplazados que tiene como consecuencia cambios demográficos y socio-económicos, acelerando la urbanización del país, al punto que más de un 60% de la población arriba a las grandes capitales y ciudades intermedias.

➤➤ [...] antes que los análisis más académicos en años posteriores adviertan factores de índole económico y estratégicos que subyacían o contribuyeron en este nuevo traumatismo. De allí que no pueda hablarse de un único responsable, ni siquiera dos, las dirigencias y bases de los partidos liberal y conservador, sino toda una sociedad colombiana que deba asumir su adeudo, o por acción o por omisión.

## EL FRENTE NACIONAL, UNA RECONCILIACIÓN FALLIDA

Mientras que las guerras civiles a nivel nacional o departamental durante el siglo XIX culminaban con la llegada al poder del partido o grupo ganador, así que con la redacción de una nueva Constitución política, el mecanismo para interrumpir la Violencia es el acuerdo al que llegan los dos máximos dirigentes de los partidos Liberal y Conservador. Bajo la denominación del Frente Nacional se trató de un arreglo que puso en práctica la alternancia en el poder presidencial cada cuatro años, a la vez que la repartición de cargos de poder públicos de manera casi equivalente para cada partido. Así, este pacto no solamente cierra un ciclo de violencia, sino que también frena un efímero golpe militar en 1953, y promovido por algunos miembros del partido Conservador contra el manejo que le estaba dando al país un presidente salido de sus propias toldas. La efímera experiencia castrense expresaba esa tradición legalista del país, en contraste con otros ejemplos en Suramérica donde florecieron las dictaduras militares.

El Frente Nacional, que va oficialmente de 1958 a 1974, aunque se prolonga casi por un decenio más, tuvo como efectos principales la reactivación de la economía, las transformaciones urbanas, el descenso importante en los índices de violencia, en fin, un respiro de paz. Empero y como fue insinuado, desde los años 1930 nuevas fuerzas políticas habían emergido, además que se produjo una ruptura entre el campo y la ciudad, aclarando que en ciertas zonas y regiones de manera más marcada que en otras. Es precisamente en este lapso que dichas rupturas, junto con nuevas dinámicas nacionales e internacionales, favorecen la emergencia de guerrillas comunistas o de izquierda, e igualmente la aparición de una camada de jóvenes universitarios y grupos de intelectuales quienes con argumentos históricos e ideológicos riñen contra las ideas, arreglos y manejos que las elites políticas y económicas le daban al país. Igualmente se producen reacomodos políticos y surgen nuevos liderazgos al seno de los dos partidos tradicionales y de otros actores sociales tales que los sindicatos y las asociaciones, pero también se perciben nuevos brotes de violencia en zonas alejadas de los principales centros urbanos, económicos y de decisión política. Es en aquellos lugares, a los que el Estado no logra llegar con servicios públicos y ni las dependencias necesarias para su legitimidad; donde no logra imponer su autoridad en materia de impuestos, control, orden y presencia efectiva; donde la frontera agrícola tiene aún mucho por explotar pues abundan las montañas y las selvas, en los que se asientan antiguas guerrillas liberales con protagonismo en durante la Violencia como también grupos de colonos que huyeron de la misma o que buscaron una mejor fortuna, que se generan nuevas dinámicas sociales y económicas, muchas propicias al contrabando y economías ilegales. Es también y precisamente en dichas zonas donde se conforman los primeros grupos de autodefensa campesina orientados por ideas de izquierda y que se transforman en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC<sup>14</sup>.

»» El Frente Nacional, que va oficialmente de 1958 a 1974, aunque se prolonga casi por un decenio más, tuvo como efectos principales la reactivación de la economía, las transformaciones urbanas, el descenso importante en los índices de violencia, en fin, un respiro de paz.



Grosso modo es en ese contexto de un Estado endeble y de una democracia imperfecta que encuentra su mejor terreno la subcultura del narcotráfico, fenómeno este que conduce progresivamente a una erosión social y a una violencia que hasta el presente sigue caracterizando a Colombia.

En esos mismos años nace el Ejército de Liberación Nacional-ELN, con un discurso que no solo aborda los temas agrarios, sino que entran en sintonía con los problemas urbanos, debido a la inacción de unas elites criollas que sirven de intereses al pulpo norteamericano y al capitalismo. Inspirado en la Revolución cubana y en algunas ideas del liberalismo progresistas de esa época, a lo que combina una dosis de un cristianismo cimentado en la llamada teología de la liberación el ELN logra atraer jóvenes universitarios, tanto como a hombres y mujeres cercanas a instituciones religiosas del orden católico. Y es de nuevo en las zonas montañas de un país rural, el cual no solamente se despobló por la Violencia sino que aún mantendrá vírgenes y desconectados miles de kilómetros, que el ELN forma sus primeras columnas en aras de preparar la que debía ser la vanguardia de una nueva revolución nacional<sup>15</sup>. Antes de culminar la década del 60 el país cuenta con tres guerrillas, pues la división internacional del comunismo internacional tiene efectos en Colombia con la creación del Ejército Popular de Liberación<sup>16</sup>, de corte maoísta, y una década más tarde surgen otras guerrillas con presencia nacional o regional. Empero, es innegable que el Frente Nacional había logrado apaciguar el país, y las acciones más violentas tienen principalmente relación con la respuesta lógica de un Estado que busca imponer su potestad legítima en un territorio que nunca ha logrado controlar por completo, enviando sus fuerzas armadas a combatir las guerrillas. Si en ocasiones su estrategia va a llegar casi al punto de aniquilarlas, la manera como estas logran resurgir tal un ave

fénix expresaba que en esa regeneración primaban otros elementos que no necesaria o únicamente podían combatirse por medio de las armas.

Así, muy a pesar del Frente Nacional, el bipartidismo no lograría acapararse todas las lealtades partidistas ni responder a las numerosas demandas de un país que se había transformado, acrecentado, diversificado. Y no es que la unidad nacional estuviera en vilo, sino que las diferencias y las dinámicas económicas, poblacionales y políticas presentaban un disfuncionamiento entre un centro y unas periferias, entre un eje conformado alrededor de las ciudades del altiplano o las cordilleras respecto a una zonas costeras y selváticas desatendidas y casi olvidadas, entre unas clases privilegiadas y una gran mayoría de la población excluida o discriminada de los beneficios que otorgaban la modernización y el desarrollo. Es en esas fracturas que se amplifican las propuestas contestatarias y transformadoras que proponen los grupos de guerrilla, de izquierda y otras expresiones organizativas que van surgiendo en campos y ciudades. Aunque también, es en esas fracturas que se van acomodando y actuando a hurtadillas otras formas de interacción económicas y sociales ligadas al contrabando, la economía informal, la emergencia de cultivos para usos diferentes a la alimentación y producción agrícola. Grosso modo es en ese contexto de un Estado endeble y de una democracia imperfecta que encuentra su mejor terreno la subcultura del narcotráfico, fenómeno este que conduce progresivamente a una erosión social y a una violencia que hasta el presente sigue caracterizando a Colombia.

Dependiendo de su presencia en el territorio, de las dinámicas socio-económicas, la fuerza militar de los grupos guerrilleros para atacar el régimen y ponerlo en aprietos va a cambiar de manera permanente. Con el Estado sucederá igual ya que también va a adecuar su estrategia con el fin de contrarrestar la capacidad de nocividad y estrategias que tendrán una u otra guerrilla. Y en lo que a estas se refiere, y aunque parezca paradójico, no habrían de ser las FARC las que en un principio y por lo menos al menos hasta casi terminando el siglo sean las que provoquen mayor alerta al seno de los respectivos gobiernos. En ello van a ser superadas por las acciones del EPL, primero, del ELN, luego, y del grupo que ejecuta las más espectaculares, el M-19, finalmente. El accionar de las FARC es más bien lento y un poco a distancia del que tienen otros grupos que han implementado formas de luchas más frenteras y que logran cautivar más jóvenes de las ciudades, ávidos de transformar el mundo de inmediato. Empero, serán precisamente las FARC las que al final devengan la guerrilla de mayor

repartimiento a lo largo y ancho del territorio y número de combatientes. Para rematar, es en el mito fundante o que logra recrear esta guerrilla respecto a sus orígenes que con el tiempo va a forjarse un concepto que termina pesando en la definición de las violencias que ocurren en Colombia, el concepto o expresión *Conflicto Armado Interno*<sup>17</sup>.



**Si bien no debe dársele crédito a que su situación fue meramente la de víctimas, es precisamente en aquel discurso que renuevan y se comprende mejor parte de su propio mito fundador.**

Hay quienes señalan que en el discurso que las FARC pronunciaron en la instalación de los diálogos que sostuvieron con el gobierno del conservador Andrés Pastrana Arango entre 1999 y 2002 desaprovecharon la oportunidad política de presentarse ante la opinión al no presentar ni ofrecer un proyecto de país y si en cambio enunciar una serie de reclamos y quejas sobre la responsabilidad de las élites nacionales en el desbordamiento del conflicto y del nacimiento mismo de las FARC hacia 1964. Si bien no debe dársele crédito a que su situación fue meramente la de víctimas, es precisamente en aquel discurso que renuevan y se comprende mejor parte de su propio mito fundador. Y es que, para esta guerrilla, el bombardeo del cual son damnificados los pobladores que constituirán sus primeras bases y tropas es el punto de partida para construir un proyecto mayor, y sobre todo político. Es a raíz de esos ataques, del exterminio de sus animales de compañía (vacas, mulas, gallinas, perros...) y del perjuicio a sus cultivos de *pancoger* o para la subsistencia que las FARC justifican las razones de su levantamiento en armas y el origen de la desconfianza en un Estado que les ha declarado la guerra, y que paralelamente ha acogido la inconsciente propuesta de un dirigente conservador de bombardear las supuestas *Repúblicas Independientes*, que no fueron más que caseríos que en nada constituyeron verdaderos enclaves que amenazaban la integridad de la nación y más bien nuevas zonas de colonización agrícola. Pero la guerra fría y el combate contra el comunismo ya tiene pregoneros en Colombia, y Estados Unidos así que una parte de la dirigencia política es consciente que desde el periodo de la Violencia el Partido Comunista venía instruyendo grupos de campesinos con miras a organizarlos como retaguardia incipiente, por lo que la arremetida contra esas llamadas *repúblicas* se inscribe también en esta lógica.

## LA GUERRA DEL O CONTRA EL NARCOTRÁFICO ¿DEL TRAUMATISMO CONTEMPORÁNEO O LOS ENEMIGOS INTERNOS?

Frente a un fenómeno cuyo tratamiento y responsabilidad supera las fronteras nacionales, que por su complejidad se requiere de la afluencia de análisis, de pronto comparativos; nuestra intención es enumerar los que estimamos los principales hechos, ubicándolos o entendiéndolos en su contexto, y a partir de los cuales las y los lectores podrán discernir respecto al cómo este tipo de economía, sino de subcultura, termina imprimiendo la sociedad colombiana, y cada vez más la economía mundial.

La Colombia de la primera mitad de los años ochenta presenta varios distintivos de los cuales aquí se mencionan apenas unos pocos. La educación pública se ha masificado, el trabajo asalariado se ha consolidado, el campo ha experimentado procesos de tecnificación, la economía cafetera, minera y petrolera le permiten aumentar las exportaciones e ingresos. Por el lado de los dos partidos tradicionales ha comenzado su profesionalización mientras que el aparato estatal se ha burocratizado. Pero a la par, los cinturones de miseria se hacen más visibles pese a las políticas de construcción de vivienda de interés social, la industria textil, uno de los motores de la industria nacional se ve afectada por el ingreso masivo de textiles procedentes de China y otros países asiáticos y a precios contra los cuales los comerciantes nacionales no pueden competir, los grupos de guerrilla han acrecentado su número de combatientes así que la cantidad y calidad de sus armas. En medio de todo ello la economía del narcotráfico ha venido consolidándose e implicando a más personas y sectores en su incontenible propagación.

Si el narcotráfico ya venía fortaleciéndose desde el decenio precedente con los primeros cultivos de marihuana en zonas alejadas y sobre todo no demasiado extensas de la geografía nacional, los grupos de contrabandistas y de narcotraficantes comienzan también a vivir grandes transformaciones cuando van entrando también a participar de un mercado que les genera muchas más ganancias, el de la cocaína. Principalmente cultivada y transformada en Perú o Bolivia, los narcotraficantes colombianos no se contentan solamente en comercializarla y exportarla sino que comienzan su verdadera industrialización construyendo pistas para el aterrizaje y despegue de avionetas, instalando laboratorios para la transformación de la hoja de coca, fomentando el cultivo a gran escala de la planta de coca; todo esto por supuesto en zonas selváticas

o de frontera agrícola y colonización donde la economía del *pancoger* se va transformando por la de cultivos que dejan mejores dividendos a los campesinos. En ese proceso inicial los narcotraficantes se enfrentan a una dicotomía, o negociar con grupos guerrilleros que controlan algunas de esas zonas o confrontarlos por medio de la creación de ejércitos privados a su servicio, táctica que finalmente termina imponiéndose. La situación es sin embargo compleja ya que en su propósito de extensión las posibilidades para los narcotraficantes no van solamente a depender del grupo de guerrilla con el cual logren o no entenderse, sino de las características de la zona en que buscan desarrollar su empresa, las utilidades y beneficios que unos y otros pueden obtener. Pues mientras los narcotraficantes buscan zonas de difícil acceso para el ejército o policía que ya les pisa los pies, las guerrillas necesitan dinero para comprar armas, agrandar su aparato militar, preparar su revolución.



**En ese proceso inicial los narcotraficantes se enfrentan a una dicotomía, o negociar con grupos guerrilleros que controlan algunas de esas zonas o confrontarlos por medio de la creación de ejércitos privados a su servicio, táctica que finalmente termina imponiéndose.**

Pero por entonces no todo el territorio está copado por las guerrillas. Hay lugares donde antiguos y nuevos terratenientes, ávidos de seguir acumulando tierras y fortuna, o debilitados por las crisis que afectan la economía tradicional - comenzando por el café, primer producto de exportación y que tras la breve bonanza hasta 1986 pierde peso en el mercado internacional-, y quienes buscan alternativas en aras de mantener su ritmo de vida. En las lógicas de ese mercado que requiere de insumos químicos, de medios de transporte, de transacciones bancarias, de apoyos de especialistas y sobre todo de brazos; van entrando también otros actores, armados y no. Allí también comienzan a participar algunos funcionarios de las distintas entidades de seguridad del Estado, de las diferentes ramas del poder público, asimismo que miembros de la clase política. Y, sobre todo, jóvenes de barriadas populares sin demasiadas expectativas de avenir o quienes simplemente ven en sus relaciones con los narcotraficantes la promesa de enriquecerse sin demasiado costo; solo que es con sus propias vidas como esa incauta decisión termina pagándoles. Así, es precisamente en la lucha contra ese nuevo flagelo o por el contrario en aras del mantenimiento de esa suerte de *subcultura* y economía subterráneas que se ha tomado al país que se produce el choque entre políticos de toda índole; que surgen todo tipo de organizaciones y

entidades que aspiran a darle un poco de dignidad y decoro a una democracia en crisis y que se aferra, las cuales se afrontan a unas estructuras armadas que no ceden en su designio de controlar esta otra vertiente de acumulación capitalista. Es en esas lógicas de ese mercado que se reacomodan los diferentes intereses ideológicos, políticos e idiosincráticos.

»» Así, es precisamente en la lucha contra ese nuevo flagelo o por el contrario en aras del mantenimiento de esa suerte de subcultura y economía subterráneas que se ha tomado al país que se produce el choque entre políticos de toda índole; que surgen todo tipo de organizaciones y entidades que aspiran a darle un poco de dignidad y decoro a una democracia en crisis [...]

Los narcotraficantes se han organizado en carteles, lo que implica la competencia feroz por el mercado, traducida en retaliaciones y venganzas. La clase política no es ajena a esa dinámica ante el hecho que varios de sus miembros recurren al dinero del narcotráfico o entablan relaciones directas con los capos de la droga buscando obtener réditos políticos, ganar elecciones, imponer sus ideas. En esto algunos no ocultan su aberración contra contendientes partidistas y opositores políticos e ideológicos, y que sumado a una guerra cada vez más abierta entre grupos de narcotraficantes y de terratenientes contra unas guerrillas que exceden en sus acciones, terminan constituyendo ese coctel que produce miles de víctimas y al cual comúnmente va a llamársele *la guerra contra o del narcotráfico*. La dificultad de la preposición no es para nada anodina; ello tiene su razón tanto en las acciones que emprenden el Estado, los gobiernos y la sociedad contra este fenómeno, como también en la respuesta misma del narcotráfico el poder legal y legítimo, contra la democracia; ello obedece además a la manera en que este sus propias contradicciones y guerra internas, y de la forma cómo la sociedad misma no se decide entre lo conveniente y el pragmatismo ilusorio fomentado por dicho flagelo.



[...] la legalidad, la audacia, la autonomía e inteligencia siempre han vegetado a lado de la codicia, el oportunismo, la intolerancia y la irracionalidad.

Desde mediados de la década del 80 los gobiernos habían decidido iniciar un primer proceso de apertura democrática con el fin de responder a la exclusión de la cual se dice sentir damnificado un segmento de la población. Para ello se adelantan diferentes diálogos con las guerrillas del país y grupos de milicias que declaran actuar en representación de ese otro país olvidado en las propuestas de los dos partidos tradicionales. Resultado de estos primeros encuentros es que se valida la participación de nuevas fuerzas políticas en los procesos electorales. El bemol es que al seno de la clase política hay quienes únicamente advierten la oportunidad tanto esperada por las organizaciones guerrilleras en su propósito de tomarse el poder, pues esto es parte de la estrategia de combinación de todas las formas de lucha. Pero con éxito o fracasos todas las organizaciones participan de esos escenarios de paz.

Sin embargo, acabamos de precisar que la guerra del o contra el narcotráfico no deja nada y a nadie inerte. De las amenazas y primeros asesinatos selectivos a manos de sicarios entrenados por mercenarios internacionales se va pasando a magnicidios, masacres y atentados dinamiteros. El asesinato en 1984 del entonces ministro de Justicia, es solo el preámbulo de una racha que cierra un primer ciclo en 1990 con el asesinato de tres candidatos presidenciales atribuidos al narcotráfico en asocio con grupos y dirigentes políticos. En ese lapso también perecen cientos de militantes de izquierda, decenas de sindicalistas, dirigentes liberales y conservadores, defensores de derechos humanos, miembros de los organismos de seguridad del Estado. Al igual revienta el número de víctimas como resultado de las bombas adjudicadas a esa miríada de clanes, familias y capos reunidos en el mundialmente famoso Cartel de Medellín. Y es precisamente en dicha ciudad, por citar un solo ejemplo, aunque de hecho el más relevante, en donde los índices de homicidios, principalmente de jóvenes entre los 15 y 30 años, alcanzan guarismos inimaginados. No obstante, y lo que hay que sugerir, es que en ese caso existe una correspondencia directa tanto con la mencionada guerra, como con la manera en que en la cultura de la región se inculcan la

resolución de los conflictos, el establecimiento de solidaridades, el forjamiento de un espíritu trabajador que del que se vanagloria; y donde la legalidad, la audacia, la autonomía e inteligencia siempre han vegetado a lado de la codicia, el oportunismo, la intolerancia y la irracionalidad.

El que podríamos llamar este primer ciclo de violencia en ligazón directa con el narcotráfico se cierra a nuestro juicio con dos momentos. De un lado se tiene la promulgación de una nueva Constitución en 1991, y como fue mencionado al inicio de este artículo, las constituciones resultaban de cambios de poder o dinámicas belicosas. A esta sazón, puede decirse que la clase política, a la cual se unía ahora un movimiento de guerrilla que había pactado la paz, y ejemplo que siguieron otras tres organizaciones, estaba respondiéndole al llamado de cambio político que venían elevado jóvenes universitarios y políticos de diversas tendencias ideológicas para responder a las condiciones de un país y mundo que habían cambiado. La Nueva Carta también buscaba ponerle freno a la guerra que el narcotráfico venía haciéndole al Estado y es por ello por lo que allí quedó consignado la no extradición de nacionales. Durante años, los narcotraficantes justificaron sus acciones terroristas en rechazo al acuerdo jurídico que Colombia había firmado con los Estados Unidos<sup>18</sup>, que pedían extraditar a quienes tenían cuentas con su justicia. Pero la guerra fue también por la venganza de Pablo Escobar contra ese puño de dirigentes sensatos que frenaron sus ambiciones políticas y por lo mismo perdieron sus vidas. Además, no hay que descontar que esa violencia era congénita a las características de la competencia por dominar un mercado de la ilegalidad. Pero aun si el capo y sus principales alfiles decidieron someterse a la justicia colombiana, sus acciones delictivas perduraron, y hasta burlaron la misma tras escaparse de una cárcel construida al antojo de aquel, solo que haciéndolo firmó su propia sentencia de muerte, en diciembre de 1993, lo cual es el otro momento de este ciclo.

La liquidación del gran capo resultó de una lucha frontal a la que por fin se decidió el gobierno colombiano, sostenido por los Estados Unidos y con la participación de antiguos asociados del difunto como de enemigos en otros carteles, que facilitaron información, y seguramente hombres para perseguir, torturar, asesinar y reconvertir algunos de sus lugartenientes, con lo que se produjo el desmantelamiento de la base de esa estructura encubierta en la ciudad de Medellín<sup>19</sup>. Empero, lo que se pensaba como el fin de los grandes carteles, ya que también tuvieron lugar la captura o sometimiento a la justicia de los jefes del otro gran cartel colombiano, el cartel de Cali, no resultó ser sino el espejismo que recubría un fenómeno que incluía cada vez más actores y que se aceptase o no le permitía al país sostener en buena parte su economía gracias a lavado de activos, el incremento de la construcción, el acelerado aumento de la economía informal a través de la cual circulaban enormes cantidades de dinero; y que además, le posibilitaría a las guerrillas agrandar sus arcas, inicialmente por medio de impuestos a los cultivadores y comercializadores de cocaína, y a los nuevos clanes y jefes de la droga de extender sus tentáculos<sup>20</sup>.

➤➤ Durante años, los narcotraficantes justificaron sus acciones terroristas en rechazo al acuerdo jurídico que Colombia había firmado con los Estados Unidos, que pedían extraditar a quienes tenían cuentas con su justicia.

## LA GUERRA FARC, PARAMILITARES, ESTADO

Ese ciclo de violencia que se estaba cerrando con la muerte del que para entonces fuese el enemigo público n°1 de Colombia y en momentos que se abría un nuevo ciclo de orden político dado el cambio Constitucional presenta una paradoja. Y es que la decisión del gobierno de la época de destruir el resguardo donde residían los máximos comandantes de las FARC, el 9 de diciembre de 1990, precisamente el día en que fueron elegida la Asamblea Nacional Constituyente, es el prólogo de un nuevo ciclo de violencia. Pues a ese descalabro militar se sumaba que a partir de 1993 las FARC van a adecuar su estrategia militar con miras a la preparación de la toma del poder<sup>21</sup>. La paradoja la completa el hecho que dicha organización había sido quizás la que en el pasado más había

avanzado en la idea de paz cuando por las vías de los diálogos le darían vida al Movimiento político Unión Patriótica. Empero, el genocidio político del que son víctimas sus militantes las fue alejando de esa alternativa de reconciliación, y a esto se añadían la ruptura con el Partido Comunista. En su nueva lógica belicista las FARC encontraron en su relación con la economía del narcotráfico el mejor medio de disponer de un aparato de guerra capaz que incluso lograría atacar batallones enteros e incluso a sus cuerpos de élite, una correlación de fuerzas no muy dispareja frente al Estado. Pero esta guerrilla no era la única beneficiada o con un pie en esta economía; esto queda al descubierto con los dineros ilícitos en la campaña que permite la elección presidencial de uno de candidatos liberales de la época, y sobre todo con el afianzamiento de grupos paramilitares y escuadrones de la muerte que desde finales de los años ochenta venían sembrando desolación, y que también buscaban constituirse en ejércitos, en un primer momento, y en opciones políticas, enseguida.

Una nueva guerra, o la precedente pero con otro disfraz, abarca muchos más lugares y poblados de la geografía nacional e incluso algunos que tristemente se harán célebres o de los que el país conocerá de su existencia: tras las masacres, el corte de cabezas o con motosierras por parte de los paramilitares; tras las retaliaciones, las pipetas de gas lanzadas indiscriminadamente y los ataques desproporcionados de las guerrillas; tras la inacción o impavidez del ejército que no puede responder a tantos frentes, o lo que es peor, dependiendo de su mando, tomando posición en favor de un bando en particular, colaborándole o permaneciendo impávido ante el terror que este acomete contra las poblaciones indefensas y sobre de aquellos territorios alejados de toda dinámica institucional pero no económica. Es a esos lugares, en donde existen cultivos de coca, de amapola y de marihuana; donde yacen petróleo, gas, oro, esmeraldas o carbón, donde están las grandes producciones de banano y otros cultivos; donde hay planes de proyectos hidroeléctricos, agro-industriales, turísticos de

➤➤ **Ese ciclo de violencia que se estaba cerrando con la muerte del que para entonces fuese el enemigo público n°1 de Colombia y en momentos que se abría un nuevo ciclo de orden político dado el cambio Constitucional presenta una paradoja.**

➤➤ **Además, hay posiciones que estiman más conveniente comprenderlos a partir de esa alianza de la que participan narcotraficantes, notables, políticos locales, terratenientes y algunos miembros de las fuerzas armadas o de policía que deshonran sus instituciones.**

envergadura; donde están los caminos, trochas o corredores por donde circulan armas, contrabando, drogas y hasta personas que se escapan o van en busca de nuevos sueños, a los que estratégicamente van a disponer sus frentes y columnas tanto guerrillas, los paramilitares, y las hoy día designadas como Bandas Criminales, Grupos Delictivos Organizados, Grupos Armados Organizados, Disidencias, etc.

Algunos estudios sugieren que el origen de los primeros grupos paramilitares coincide con la época de la Violencia, cuando jefes políticos y notables de lagunas zonas promueven la creación de bandas para destripar toda oposición política o inconformidad social. Otros análisis en cambio argumentan que los paramilitares derivaron de políticas gubernamentales coordinadas con los Estado Unidos en su cruzada contra los proyectos revolucionarios y comunistas. Además, hay posiciones que estiman más conveniente comprenderlos a partir de esa alianza de la que participan narcotraficantes, notables, políticos locales, terratenientes y algunos miembros de las fuerzas armadas o de policía que deshonran sus instituciones<sup>22</sup>. Esta tercera argumentación nos parece la más plausible al momento de abordar la dinámica paramilitar de mediados de los 90. Frente al poder que lograrían las FARC muchos son quienes temen que el Estado y su ejército no pueden contener su avance. Junto a esta percepción se da por igual un probado rechazo a todo lo que pueda oler a izquierda o a reivindicaciones en defensa de los derechos humanos, sociales y económicos. En sus peroratas, una vez que los diferentes grupos paramilitares deciden converger en una sola estructura nacional a partir de 1997 denominada *Autodefensas Unidas de Colombia-AUC*, los jefes paramilitares explicarán el haberse armado ante los

vejámenes y desmanes de las guerrillas en algunos territorios y sobre ciertos segmentos poblacionales. Si es cierto que los primeros afectados por la acción violenta de las guerrilleras son ganaderos, industriales o personalidades en algunas zonas del país, en su raciocinio terminan afligiendo a campesinos rasos o poblaciones inocentes que solo tienen como pecado trabajar o habitar en zonas que no están o dejan de estar bajo su total control.

Resulta entonces que los paramilitares reproducen también un discurso de víctimas ante la incapacidad del Estado para ponerle freno a las guerrillas. Siendo a esta arenga a la que terminan adhiriendo muchos otros sectores que igual manifiestan descontento para con las guerrillas, que se dejan persuadir con nuevas promesas en materia de seguridad, desarrollo, nuevo orden, o que ceden ante las amenazas o el cambio de las condiciones impuestas por estos. Pero el paramilitarismo es también y apenas el ápice de un iceberg con visos políticos. Pues sus ejércitos no solo se ofertan ser los nuevos defensores de las poblaciones en las que se asientan sino como los que en cuestión de meses terminan controlando la libre circulación de las poblaciones, imponiendo su ley y hasta las autoridades civiles y políticas que mejor corresponden a su propia visión de país. En esa empresa van expandiéndose por toda Colombia, y no solamente para darle la cara a las FARC, o el ELN, sino para reapropiarse aquella máxima maoísta de quitarle agua al pez, por lo que acometen los más atroces crímenes en todo ese periodo contra quienes suponen son *guerrilleros vestidos de civil*; campesinos, líderes sociales, defensores de derechos humanos, intelectuales, periodistas y la lista es infinita.

No son pocos quienes aseguran que es gracias al que se conoció como el *Plan Colombia*, paquete de ayuda financiera y militar ofrecida por los Estados Unidos para combatir la producción y cultivos de cocaína, pero que fue aprovechado como una estrategia contra insurgente, que se frenó el empeño de las FARC de tomarse el poder por la vía armada. Esta tesis

tiene tanto de cierto como de fragmentaria ya que sin es igualmente la acción paramilitar que conduce a que tanto las FARC como el ELN pierdan apoyos o relaciones con sus posibles bases sociales. Acción que a la par afecta el trabajo de numerosas organizaciones sociales y movimientos políticos por culpa del terror y de las amenazas. Por lo demás, con o sin Plan Colombia, es patente que la lucha por el control territorial y por objetivos ideológicos y económicos que se libran guerrillas - paramilitares (y fuerzas armadas), como sucediese durante la Violencia, genera un importante desplazamiento forzado que redefine las interacciones sociales y políticas de algunos lugares, principalmente barrios populares de las principales capitales, y donde bloques paramilitares, que no son otros que bandas delincuenciales o que tienen vínculos con antiguas estructuras del narcotráfico, imponen su autoridad y de paso se enfrentan a estructuras de las guerrillas que actúan bajo el nombre de milicias.

➤➤ **Resulta entonces que los paramilitares reproducen también un discurso de víctimas ante la incapacidad del Estado para ponerle freno a las guerrillas.**

Al culminar el siglo XX las cifras de las violencias son bastantes desalentadoras y la sola esperanza viene por cuenta de las negociaciones de Paz que un nuevo gobierno emprende una vez más con las FARC. Mientras que para una buena parte del país ello es sinónimo de futura reconciliación y de paz, para un sector más cercano a la extrema derecha, más próximo al mundo terrateniente y en acuerdo con algunos miembros del estamento militar lo que se está negociando es la capitulación del país. El ejercicio de los que se denominaron diálogos del Caguá<sup>23</sup> no dejaba de ser novedoso ya que allí irían a presentar propuestas y reclamos miles de personas en nombre de infinidad de organizaciones sociales y políticas del Colombia. Esto tiene lugar incluso en momentos, y como producto del cambio constitucional, donde aparecen nuevos dirigentes y fuerzas, algunas incluso acceden a gobiernos municipales y departamentales. Pero los paramilitares y los sectores que los acolitan son más bien del parecer que deben preservarse ciertos feudos electorales y comenzar el asalto de otros para su causa. Mientras su expansión se da a un ritmo vertiginoso sembrando dolor y sangre van apostando sus apoderados para así buscar obtener, con cierto éxito, ser reconocidos en tanto un actor del conflicto del que no puede prescindirse si se quiere alcanzar una paz total.

## LA DEMOCRACIA ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ

Las FARC desaprovecharon el momento histórico que tuvieron en las negociaciones de Paz entre 1998 y 2001. Y muy parecido a Escobar y su séquito quienes desde su prisión continuaron delinquiendo, aquellas aprovecharon los miles de kilómetros que les fueran acordados en ese marco para reorganizarse militar y estratégicamente. Fueron varias las ocasiones en que el proceso de Paz tambaleó, pero se mantuvo, aunque cada vez más debilitado, por la obstinación de un movimiento social que tuvo como bandera la paz y por el sostén de países y entidades extranjeras que buscaron hasta último momento mantener al gobierno y dicha guerrilla sentadas en la mesa. A la par de acometer hechos que traicionaron la confianza de la opinión, y no es que el gobierno fuera permaneciera íntegro; los informes de inteligencia sostenían que las FARC tenía cada vez más participación en la producción y comercialización de la droga y que además había consolidado sus frentes en cercanías a importantes capitales. Además, negociar en medio de la guerra no significaba el cese de la confrontación contra las fuerzas armadas y unos paramilitares que prolongaban su consolidación. Las voces en contra de los diálogos de Paz prosperaron y el gobierno, que terminó aislado ante la evidencia de ese retroceso, decidió ponerles fin con la orden al ejército de ingresar de nuevo al Caguán.

➤➤ **Fueron varias las ocasiones en que el proceso de Paz tambaleó, pero se mantuvo, aunque cada vez más debilitado, por la obstinación de un movimiento social que tuvo como bandera la paz y por el sostén de países y entidades extranjeras que buscaron hasta último momento mantener al gobierno y dicha guerrilla sentadas en la mesa.**

Es en esa desilusión y confusión producida por la suspensión del proceso de paz que entra en escena un personaje que marca la historia política de Colombia por casi década y media. Otrora miembro del partido Liberal, Álvaro Uribe Vélez se presenta ante la opinión como el único que puede restaurar el orden, frenar la guerra, y en su visor están las FARC. Víctima de esta guerrilla a la que sindicó de haber asesinado a su padre, el dirigente convierte su propia vivencia en un traumatismo nacional al designar a las FARC únicas responsables del caos reinante en el país y de su atraso económico. Así, en su cruzada por la Jefatura del Estado, esa guerrilla se convierte en el nuevo enemigo público

nº1, y a ello adhieren tanto dirigentes y militantes de los partidos tradicionales que han cambiado de camisa, así como gran parte del sector agro-industrial y terrateniente, del empresariado -que paradójicamente respaldase al gobierno precedente en su intención de buscar la paz-, además que altos mandos militares y de policía, sin soslayar el apoyo disimulado o abierto de los paramilitares que fomentaron su candidatura en territorios que ahora controlaban<sup>24</sup>.

Es indudable que bajo sus dos mandatos Uribe Vélez logra bajar los índices de criminalidad y de acciones adjudicadas tanto a las guerrillas como a los paramilitares, al tiempo que permite reinstaurar la confianza inversionista y de seguridad en general. Ello se explica por la implementación de su *mano fuerte corazón grande*, cuyo significado no es otro que la ofensiva contra quienes él considera los enemigos del Estado y de su gobierno, y el acompañamiento a quienes lo respaldan. Ahora bien, si es cierto que Uribe Vélez frena el avance de las FARC, al punto de dar de baja a varios de sus principales jefes y expulsarlas de los contornos urbanos, la persecución y vigilancia que se instaura contra periodistas, jueces, dirigentes de partidos opositores le dan a su gobierno visos autoritarios. Del mismo modo, algunas cifras en materia de seguridad terminan siendo maquilladas o encubriendo prácticas indecorosas, tales que los pactos con estructuras criminales para que dejaran de asesinar, secuestrar, extorsionar; y claramente los llamados los *Falsos positivos*; macabros métodos empleados por miembros de la fuerza pública, donde se engañó y asesinó a civiles, cuyos cadáveres fueron presentados ante los medios como guerrilleros caídos en combate.

Uribe Vélez logra también frenar el avance en materia militar de los paramilitares al llegar a un acuerdo de desmovilización de sus principales estructuras y rendimiento a la justicia de sus principales cabecillas. Esta precisión es cardinal puesto que en términos políticos y económicos ese avance no se detuvo. La prueba más fehaciente se tiene con las elecciones parlamentarias de 2006 cuando estas estructuras logran enviar al Congreso colombiano a más de 50 de sus emisarios/as. La vergüenza es tal que el propio mandatario no puede frenar la acción de la justicia para destituirlos/as y llevarlos tras las rejas. En materia económica hay muchas evidencias de que el número de inversiones en relación con estructuras paramilitares no ha dejado de crecer, tampoco o muy poco el número de sus propiedades (fruto del gigantesco desplazamiento forzado que ocasionaron años atrás, acaparándose, por medio de testaferros, o en favor de la clase terrateniente con la que tenían vínculos, las mejores tierras para proyectos agroindustriales<sup>25</sup> o simplemente para el ocio y la acumulación.

Hay además una nueva paradoja, los dos mandatos presidenciales sucesivos de Uribe Vélez son el escenario de otra situación. Aquella parte del país que no desfallecía en buscar la paz y que tampoco había cedido al *embrujo autoritario* del gobernante va a reorganizarse para proponer su visión de país. Ello se traduce en la convergencia de los sectores adscritos a la izquierda en un solo partido y la aparición de nuevos líderes que logran audiencia en el paisaje político. Y si bien Uribe Vélez logra imponer su agenda, no todos los sectores le caminan a la misma y algunos gobiernos alternativos y alineados a la izquierda le arrebatan a la clase política tradicional algunos feudos que parecían inexpugnables tales que la significativa alcaldía de Bogotá. Es de precisar que la capital, con sus más de 9 millones de habitantes, ya venía dando ejemplo de apertura y en ahora se estaba presentando una pugna abierta entre quienes apoyaban Uribe Vélez, el cual contaba con sus propios candidatos, y quienes le hacían una abierta oposición, el corolario sería la confrontación ideológica derecha-izquierda. Este segundo campo político ideológico lograba también réditos regionales y locales en otras partes del país, sin por ello lograr menoscabar la enorme aura del presidente de turno ni debilitar el movimiento político reunido en su causa y conocido como el *Uribismo*, conglomerado de partidos de orden nacional, regional y local, y de figuras con peso en el Congreso o en cargos del poder público. Al final de sus dos mandatos Uribe Vélez no lograría su acometido de acabar con las FARC, aunque si las debilitó considerablemente. Tampoco conseguiría subsanar problemas estructurales aún pendientes, ni parar el narcotráfico, ni la violencia, que pese a disminuir comparativamente con los años que preceden su gobierno se dispara cuando finaliza, generando zozobra en algunas zonas y presentándose bajo otras modalidades<sup>26</sup>.



Hay además una nueva paradoja, los dos mandatos presidenciales sucesivos de Uribe Vélez son el escenario de otra situación. Aquella parte del país que no desfallecía en buscar la paz y que tampoco había cedido al embrujo autoritario del gobernante va a reorganizarse para proponer su visión de país.

Ocho años de gobierno no fueron suficientes para un Uribe Vélez que se veía el salvador del descalabro nacional y que por lo mismo buscó ser reelegido, al proponer un referéndum para cambiar el artículo de la Constitución que permite una sola reelección consecutiva, fracasando en el intento toda vez que la Corte Suprema de Justicia encontró en la propuesta vicios jurídicos y de procedimiento pues entre otros aspectos Uribe Vélez tendría ventaja sobre los/as demás candidatos, su idea era autocrática o no resultaba de una propuesta del Congreso, de validarse concentraría mucho más poder. Obligado a buscar un sucesor designó a su exministro de la Defensa, Juan Manuel Santos; quien más pragmático y menos resentido ablanda las tensas en las relaciones que surgieron con algunos sectores que se sintieron agredidos con la política implementada por su antecesor. Heredero de la elite liberal capitalina y sin dejar de seguir proporcionándole duros golpes a las FARC, Santos va a percatarse de la imposibilidad de doblegarlas en el corto plazo teniendo que revisar su estrategia. Así, cuando en 2014 decide pugnar por un nuevo mandato transgrede íntegramente la herencia de Uribe Vélez y propone que de ser reelegido su labor va a estar encaminada a iniciar una nueva negociación con las mismas FARC. Y aquello, que las huestes uribistas estimaron una traición imperdonable, fue por el contrario considerado por otros como un medio igualmente válido para tratar de detener las violencias y buscar soluciones conjuntas a los grandes problemas nacionales.



Obligado a buscar un sucesor designó a su exministro de la Defensa, Juan Manuel Santos; quien más pragmático y menos resentido ablanda las tensas en las relaciones que surgieron con algunos sectores que se sintieron agredidos con la política implementada por su antecesor.

Aunque la decisión de Santos reforzó la sensación de polarización, seguramente sin pensarlo puso una vez más en evidencia las enormes contradicciones de Colombia país, y las discrepancias latentes y manifiestas respecto a la mejor manera de resolver los conflictos, pues buena parte de la sociedad como también dirigentes no solamente difieren en cuanto al tipo de sociedad a la que aspiran, sino que de manera atávica actúan de manera acrática desconociendo a cabalidad las leyes y la autoridad. Pero para sorpresa de muchos, Santos triunfó allí en donde otros presidentes habían fracasado al lograr que la guerrilla más antigua, grande y potente del país ingresara a la vida civil y política. Lamentablemente con el ELN las cosas no avanzaron, además que su actitud va a ser cada vez menos conciliadora, junto que las que serán llamadas desde la presidencia Uribe Vélez Bandas Criminales-BACRIM, legados combinados de paramilitarismo y narcotráfico, van por igual a arreciar su ascendencia en esas zonas sordas a la autoridad estatal a las que ya nos hemos referido y en donde igual tendrán pretensiones electorales y estrategias políticas<sup>27</sup>. Para completar el cuadro, los opositores a ultranza del proceso de paz no dejarían de vociferar que el país venía de perder su soberanía y oponerse a los beneficios políticos y que en materia de justicia resultaron del acuerdo al que Santos llegara con las FARC. Es en esa polarización que comprende el resultado desfavorable al plebiscito por la paz promovido por Santos, el cual terminó aprobándolo por decreto. Luego, es en esa misma polarización que se entiende la elección de su sucesor, Iván Duque, y cuyo primer designio era el retomar las banderas perdidas del proyecto iniciado por su mentor Álvaro Uribe Vélez. Y, finalmente, es también en ese estado de polarización que se afirma la figura de Gustavo Petro como el principal líder de la oposición gubernamental.



[...] son tantos los problemas irresolutos del país que cuando se tienen avances, por un lado, se presentan frenos o retrocesos, por el otro.

## UNA SOCIEDAD EXTENUADA

Dice Martin Leiner que -: *la reconciliación consiste en un proceso de creación de unas relaciones normales – incluso buenas relaciones... Representa la búsqueda de mejores relaciones, de manera que el sufrimiento no sea recordado con deseo de venganza o que las heridas queden abiertas*<sup>28</sup> -: Empero, son tantos los problemas irresolutos del país que cuando se tienen avances, por un lado, se presentan frenos o retrocesos, por el otro. El gobierno de Iván Duque tampoco escapaba a esta realidad y le correspondió sortear tres situaciones. Primero, cumplir su promesa de reorientar el tema de seguridad, enfrascándose testarudamente en buscar índices similares a los del periodo Uribe Vélez, y con cierta dosis de conservatismo en un país cada vez más oscilante a nivel del abanico político. Pero si es cierto que dio de baja a importantes jefes de las BACRIM y de las FARC que decidieron retomar las armas, bajo el apelativo de las *disidencias*, estas organizaciones continuaron su reinención, con nuevas jefaturas y presentes en un mayor número de municipios. Lo que además trajo consigo el aumento de un 10% de los cultivos de coca en zonas de expansión (de frontera agrícola, de reciente colonización o donde se presentaban cultivos de tipo legal) según cifras de la ONU<sup>29</sup>. Segundo, nada pudo parar o ocultar ni parar la corrupción, generando en la opinión un desencanto tanto para con su gobierno, para con el conjunto de la clase política, para con la democracia. Tercero, se dio un aumento de la tasa de desempleo en las categorías más pobres con un 15%, y pese a que desde 2012 la pobreza venía reduciéndose, al igual que un crecimiento de las desigualdades en varias regiones y en ciertas categorías de la población, dejando para 2020 un coeficiente Gini de 0,48<sup>30</sup>. Para rematar, llega la pandemia Covid-19 truncando sus esperanzas de encauzar la economía. Y aunque tardíamente Duque logra contener la crisis sanitaria, queda maniatado al momento de prolongar el confinamiento en un país en el que millones de personas viven de la economía informal y callejera, a parte que impone una reforma tributaria en el momento menos indicado.

En ese contexto la situación social devino explosiva. Frente al descontento inicialmente de la juventud en las universidades y de los sectores populares, gran afectada por el confinamiento y la desatención de los poderes públicos, y que sale con vehemencia a las calles, donde recibe las simpatías de centrales obreras y sectores políticos también insatisfechos, Duque se muestra intransigente y responde al descontento con la fuerza pública bajo la premisa de actuar en

defensa de la institucionalidad. Esto produce fogosidad y desbordamientos en manifestaciones en un inicio pacíficas y que ganan en intensidad, generando en ocasiones actos vandálicos contra bienes públicos y privados, choques directos contra policía y ejército, con heridos de parte y parte, aun si es principalmente del lado de los/as manifestantes, donde terminan presentándose víctimas mortales.

Las fracturas y la polarización son patentes al culminar el periodo de Iván Duque, y en la campaña presidencial que ya está rodando hay un candidato quien quizás fue el que mejor examinó y aprovechó la situación. Como se dijo páginas arriba la Constitución amplió la participación democrática hasta entonces limitada a dos partidos políticos. Es en el trasegar por cerca de 30 años en la arena electoral y política, que Gustavo Petro Urrego, antiguo miembro del M-19, primera organización guerrillera en pactar la Paz, construye su propuesta y consolida esa red de apoyos que tras dos intentonas lo llevan finalmente a la presidencia en 2022. Mirándolo desde una perspectiva subregional o latinoamericana no se trataba de una primicia ya que un primer ciclo de gobiernos de izquierda había tenido lugar al finalizar el siglo XIX, por lo que su elección correspondería más bien a un segundo ciclo que comienza a partir del 2018<sup>31</sup>. Pero en el contexto colombiano ello constituirá un hito ante el hecho que era el primer presidente en representación de ese campo ideológico-político, que además era ex guerrillero y que lograría aglutinar una multitud de fuerzas sociales que por años se habían sentido excluidas o tratadas de manera desigual del juego político y ahora se ilusionaban con un nuevo ciclo; coadyuvadas por grupos y miembros de los partidos del régimen buscando sacar provecho.

➤➤ Durante los últimos cuarenta años la Paz fue el leitmotiv sobre el cual la mayoría de los partidos y movimientos políticos adscritos a la izquierda legal y reformista forjó su programa y su unidad.

➤➤ O bien, que la sociedad colombiana, para la cual el dolor, las lágrimas y la sangre son pan de cada día ha preferido adaptarse, buscando la mejor manera de hacerle frente y prosiguiendo sin afanes su esperanza en un país mejor, es lo que hoy vienen nombrándose resiliencia.

Ahora bien. Durante los últimos cuarenta años la Paz fue el leitmotiv sobre el cual la mayoría de los partidos y movimientos políticos adscritos a la izquierda legal y reformista forjó su programa y su unidad. Si bien Petro llega al poder recogiendo el descontento contra el gobierno Duque y el establecimiento, valiéndose de una excelente oratoria y un gran conocimiento sobre los problemas nacionales, es indudable que sin la ayuda de esas organizaciones, sectores, partidos y dirigentes que en algún momento entendieron que es a través de la Paz que pueden comenzar a darle tratamiento a los problemas estructurales del país, su mero carisma no le hubiese bastado. Pero lo paradójico es que el tema de la Paz o de las violencias no fueron los principales ejes que definieron la elección de 2022, y si más bien una suerte de sanción a la clase política; un acuerdo intrínseco en darle una oportunidad a un dirigente que abandonado las armas y acogido la democracia como mecanismo más conveniente y valido para solucionar la compleja realidad nacional, un cierto temor frente a que un fracaso de la aspiración de Petro podía llevar de nuevo al país a una nueva hecatombe, aun si siempre está al acecho. En otros términos, si la Paz, como tema genérico para abarcar las múltiples violencias, fue determinante en los resultados de los comicios presidenciales de los de las últimas tres décadas, en esta ocasión se contaba junto a otros temas ofertados en las agendas de los candidatos.

Dado lo anterior pueden inferirse tres cosas no siendo más exhaustos. O bien, que la sociedad colombiana, para la cual el dolor, las lágrimas y la sangre son pan de cada día ha preferido adaptarse, buscando la mejor manera de hacerle frente y prosiguiendo sin afanes su esperanza en un país mejor, es lo que hoy vienen nombrándose resiliencia. O bien, que ha tomado consciencia que solamente es a través de búsqueda de soluciones

a problemas irresolutos por casi dos siglos que en algún momento conseguirá esa paz tan escurridiza o al menos vivir en un país con índices de homicidios que entre en los estándares internacionales, es decir que las cifras no generen alarma y se mantengan estables con una cierta tendencia a la baja<sup>32</sup>, una suerte de resistencia optimista. O finalmente, que dada la poca disuasión del monopolio de la violencia por parte del Estado y la obstinación de aquellos que se empeñan en avivar las brasas de la guerra o hacer del crimen su práctica cotidiana luego de tantos años de violencias sucesivas y paces interrumpidas, ha preferido adaptarse a la cadencia que cada parte imponga de acuerdo con la correlación de fuerza prevalente, una suerte de acomodo inconstante. Por lo mismo es que resulta difícil saber si se está ante un típico ejemplo de la banalización de la violencia o si se está en frente de un mecanismo demasiado efectivo producto del miedo que imponen tanto quienes dicen defender el régimen legal y legítimamente constituido como sus transgresores. Es como si la democracia y la violencia se hubieran decidido en convivir sin que aquella impida el curso de esta, sin que en sus entrecruces una de ellas termine consumiendo su contraria, sin que se descarte a veces la necesidad que asistirse una a otra, o en últimos términos una situación entre lo normal y lo patológico.

➤➤ **Es como si la democracia y la violencia se hubieran decidido en convivir sin que aquella impida el curso de esta, sin que en sus entrecruces una de ellas termine consumiendo su contraria, sin que se descarte a veces la necesidad que asistirse una a otra, o en últimos términos una situación entre lo normal y lo patológico.**

El mandatario de turno, Gustavo Petro, ha decidido osadamente adelantar reformas a gran escala que han encontrado enormes resistencias por parte de los partidos opositores y sectores tradicionales del poder nacional. Además, se observa que le han faltado preparación, planificación y tacto al momento de negociar y saberse rodear. Algo un poco comparable, y desde otra visión del abanico ideológico-político claro está, le sucedió a Uribe Vélez quien en sus ocho años de gobierno apenas pudo responderles a las demandas de las categorías sociales más pudientes y dejando por fuera a las mayorías populares, embrujadas por el espejismo de que también estaban abarcadas. No la tiene en nada fácil Petro cuando en aras de pretender aplacar las violencias y sus orígenes por medio de la reconciliación y el diálogo propone la que él mismo

denomina *la paz total*. En su raciocinio se trata de negociar con los principales actores armados y violentos del conflicto, estableciendo grados de importancia y responsabilidad a la hora de prever un nuevo contrato social. Así mientras le otorga un carácter político al ELN y en cierta medida a las disidencias de las FARC, les pide sometimiento total, y bajo garantías de debido proceso, a las principales bandas emergentes o grupos criminales. Tanto el gobierno como aquellos grupos tienen mucho que ganar, aunque también que perder; aun sino tan demasiado como la sociedad colombiana misma, sociedad por la cual compiten y se enfrentan todos aquellos, pero que a su vez no logra posicionarse ni determinarse respecto al tipo de país que quiere<sup>33</sup>. Por ende, aquí nos aproximamos a lo planteado por Gutman (1999); pues a pesar de las transformaciones que Colombia ha experimentado en los últimos treinta años, existe una tentación recurrente de renovar con la idea de que traumatismos precedentes guardan o engendran resistencias. Y estas tienden a aumentar en razón que el sistema toca piso, sin poder retroceder. Empero, si bien esto es síntoma de cambio, la cuestión siempre está en saber si se asumen o si se quiere llevar a cabo las transformaciones necesarias.

Resulta evidente que cada vez que se inicia un proceso de diálogo, se concreta un acuerdo, se desmonta una estructura hay una reducción en los enfrentamientos, un cese de atentados, una baja en el número de masacres; se le sustraen a la máquina de guerra soldados, guerrilleros y mercenarios. Empero el homicidio de tipo voluntario y las violencias cotidianas no desaparecen, metamorfoseándose. Esto explica apenas en parte ese fenómeno que es sin dudas es el que más muertes ha producido en las últimas cuatro décadas y que algunos especialistas han solido denominar *Conflicto Urbano*. Aunque conexo a tanto a disputas del presente o adjudicadas a las grandes estructuras armadas, así que a históricos más definibles, dicho Conflicto es, las más de las veces, derivado de la manera como se expresan las diferencias sociales, las insatisfacciones y frustraciones en Colombia. Es precisamente un derivado de aquel a lo que los/as especialistas se refieren como *Fronteras Invisibles*; en alusión a esas barreras que fijan los propios combos o bandas en los límites de un barrio, de una esquina, un puente o una casa que actúa como surte de *no man's land*. Grupos que además controlan el comercio, la política barrial, la seguridad pública y privada, y hasta los lotes de tierra que les proponen de manera ilegal a quienes llegan a densificar las demarcaciones de las ciudades en búsqueda de un mejor avenir.

## ATANDO CABOS, BUSCANDO RESPUESTAS

El trabajo pionero y previamente citado de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña trascendió su aporte científico y de información para constituirse en un verdadero documento de denuncia y de llamado de atención a una sociedad que no quería reconocer su coautoría y responsabilidad en esa guerra civil que tomó el nombre de la Violencia. Este además dejó bases para que las entidades y élites nacionales actuaran por medio de medidas que sirvieran a evitar toda forma de repetición y de nuevas violencias. Pero queda en evidencia que pasado un cierto periodo tan ingente esfuerzo académico resultó infructuoso. En las décadas siguientes la producción intelectual sobre la violencia no va a dejar de progresar y de especializarse, dando origen a una expresión para referirse a quienes abordan ese tema, el de *los violentólogos*; pues numerosos serán los/as investigadores y grupos que hablen desde diferentes escuelas, proponiendo diferentes métodos y tratando los aspectos macro o micro de las violencias en Colombia. Muchos de ellos serán incluso invitados a hacer parte de Comisiones mandatadas por el Estado de las que ha resultado informes que buscan comprender las razones de la guerra, el conflicto, las violencias, como también sugerir líneas de acción de carácter técnico para incluir en los planes de desarrollo local y regional buscando bajar su intensidad o darle una solución definitiva. Lamentablemente no siempre han generado un consenso general. Y que mejor ejemplo que el más reciente informe elaborado en Colombia tras los acuerdos de Paz que permitieron la desmovilización de las FARC en 2017.

Con el optimista nombre de *Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la convivencia y la no repetición*, se trata de un trabajo colosal, cercano a las mil páginas, y que incluye entre otras una nueva versión del *conflicto armado interno*. Así, no solamente se detallan y reactualizan cifras en términos de masacres, asesinatos, desapariciones forzadas, desplazamiento, sino que también

➤➤ Con el optimista nombre de *Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la convivencia y la no repetición*, se trata de un trabajo colosal, cercano a las mil páginas, y que incluye entre otras una nueva versión del *conflicto armado interno*.

da precisiones sobre él cómo se produjeron los hechos y quienes fueron sus responsables directos, ofreciendo declaraciones de los victimarios sean estos, guerrilleros, paramilitares o miembros de las Fuerzas Armadas o de seguridad del Estado, así como testimonios de centenares de víctimas, incluyendo a quienes están en el exilio. Loable igualmente ya que fue elaborado en plena pandemia y básicamente con recursos de la cooperación internacional toda vez que el gobierno de entonces, de Iván Duque, muy poco lo apoyó y más bien le puso trabas. A lo anterior se suma el hecho que la Comisión no estaba en capacidad de obligar a declarar a empresarios, terratenientes y dirigentes políticos, como quiera con responsabilidad en el conflicto, dejando muchos hechos y situaciones sin aclarar. Es aquí donde cobra toda su importancia el elemento político, pues fruto de la desmovilización de las FARC fue creada la Jurisdicción Especial para la Paz, con el propósito de juzgar a los exmiembros de dicha guerrilla y de otros sectores o grupos sindicados de crímenes, junto con el deber de estos de pedir perdón y reparar las víctimas. El meollo radica en que el acuerdo estipuló la participación política de los máximos comandantes, con una veintena de sillas en el Congreso. Y como es previsible para las derechas y aquellos sectores, co-responsable de las violencias, pero constantemente evasivo al respecto, la amnistía y el perdón total para con los que han constantemente considerado de criminales y principales causantes del mal nacional eran beneficios más que inaceptables, luego que calificasen el Informe de incompleto y a la Comisión como parcializada.

No debe prescindirse de nuevos factores que complejizan la comprensión de los orígenes y de los nichos donde se anclan las múltiples violencias. Aunque en algún momento los carteles, guerrillas, paramilitares y grupos criminales conservaron cierta autonomía y poder en los

niveles nacional o regional a pesar de tener lazos con actores supranacionales, la interdependencia a estos últimos aparece más marcada en el presente, llegando incluso a evidenciar relaciones con gobiernos y grupos para-estatales de los que reciben recursos económicos, materiales y logísticos. Si las violencias podían ejercerse en una lógica de temor u orden emanada con decidores fácilmente identificables o a los que por albedrío se acordaba subordinarse, hoy estas se escudan además en las *redes sociales*, la web, el rumor, las falsas verdades o en la persuasión que logran conseguir personas o grupos no exclusivamente nacionales. Sin soslayar la simpatía aflorante por ciertos totalitarismos religiosos e ideológicos. Aunque toda conjetura está lejos de ser unívoca, no sobran sin embargo situaciones que generarían incertidumbre en cualquier analista. La violencia, las violencias, no dejan de ser versátiles. Aparte que la geografía nacional y el crecimiento incontrolado de las urbes le proporcionan demasiados espacios a los actores violentos para actuar, replegarse, reinventarse o escapar a la vigilancia de un Estado todavía endeble, e igualmente incapaz de advertir a tiempo o contener aquellas violencias de tipo individual o íntimas.

»» **La violencia, las violencias, no dejan de ser versátiles. Aparte que la geografía nacional y el crecimiento incontrolado de las urbes le proporcionan demasiados espacios a los actores violentos para actuar, replegarse, reinventarse o escapar a la vigilancia de un Estado todavía endeble, e igualmente incapaz de advertir a tiempo o contener aquellas violencias de tipo individual o íntimas.**

Lo anterior sin embargo deja sin saldar la cuestión de si existe en nuestra cultura o en nuestros comportamientos atávicos una cierta propensión a desconocer las reglas básicas de la convivencia y a rechazar la autoridad legalmente constituida. Luego, resolvemos los conflictos por nuestra propia cuenta, o en grupo, pero muchas veces lo hacemos por vías violentas, omitiendo o desconociendo que es el Estado que debe dirimir las diferencias, que es la justicia legal la que debe imponer las sanciones, y que es la retórica de la concordia la que debe imperar y fomentarse. Si a las guerras del siglo XIX los bandos llegaban tras una declaración y le ponían punto final una vez que el vencedor redactaba una nueva Constitución, a las violencias del presente los belicosos llegan con acciones que conducen a la conflagración o degradación, y se terminan por lo general con



[...] la situación de paz que se respira en algunas ciudades, la cual está a expensa de los convenios a los que lleguen las autoridades locales y nacionales con los cabecillas de bandas que rigen incluso desde las prisiones.

acuerdos de garantías políticas o de justicia, de armisticios, de paces. Empero, las causas que preceden las hostilidades no son tratadas como es menester o se quedan sin resolver, y el Estado resulta incapaz para imponer su autoridad sobre todos sus ciudadanos y en todo el territorio. Por ende, los procesos en los que tienen lugar una reconciliación entre victimarios y víctimas, como por ejemplo en algunas veredas de los municipios de Anorí y San Carlos (Departamento de Antioquia) donde respectivamente los exguerrilleros y ex paramilitares trabajan mano a mano con las comunidades son demasiado pequeños y no retienen el ojo de las instituciones públicas y privadas del país. De otra parte, el seguimiento a los acuerdos de paz no se desarrolla como era esperado, pues además de la desorganización, la burocracia, las fallas en el monitoreo, la cantidad de procesos por atender, y la violencia contra muchos de los desmovilizados (a veces por las guerrillas mismas), se tiene que algunos gobiernos locales y departamentales, tanto como algunos sectores de la economía se han empeñado a entorpecer los avances y desembolsar lo mínimo para su mejor avance. Ello sin olvidar que en sus lógicas económicas, expansionistas y guerreristas los mismos grupos armados terminan por afectar o hasta detener proyectos de reinserción, tal que sucedió en fechas recientes con los guardabosques y guías turísticos del maravilloso sitio de Caño Cristales (Departamento del Meta), obligados por sus excamaradas, de las disidencias de las FARC, a abandonar la zona. Y claro está, como otro de los ejemplos, la situación de paz que se respira en algunas ciudades, la cual está a expensa de los convenios a los que lleguen las autoridades locales y nacionales con los cabecillas de bandas que rigen incluso desde las prisiones.

Al final, todo esto hace que deba dársele crédito a la socióloga María Teresa Uribe cuando al referirse a las guerras civiles del siglo XIX hablaba de la retórica del *Casus belli*, es decir de ese lenguaje incluso en tiempos de paz que hace eco o invita a estar en alerta para la guerra; al que recurren los adversarios para encontrar *una justificación moral, la necesidad política y la obligación cívica de*

tomar las armas<sup>34</sup>, para explicar o argumentar las razones de su acción violenta. Negando o acopando la posibilidad del orden republicano y democrático. ¿Dónde encontrar entonces el antídoto? Las diferentes disciplinas no logran converger en cuanto a si se trata de un problema de intolerancia, de resentimiento, de exclusión, de desviación, de simple producto del capitalismo y el estado moderno. Es posible que la guerra como las violencias continúen a parir la historia con H mayúscula tanto como aquella que nos son propias. Es posible que una propensión arcaica nos conduzca a responder por momentos por medio de la violencia a las barreras humanas que nos truncan el poder satisfacer nuestras ambiciones y deseos. Es posible que física, simbólica o discursivamente busquemos inclinar toda relación de poder a nuestro beneficio. Pero es también posible que al final solo queden el juicio y la palabra como último recurso para salvar lo que todavía nos queda de humanidad. Es posible que tras abrir esta Caja de Pandora reine el pesimismo luego de haber dejado salir todos los males; esperemos eso sí, al momento de cerrarla, que nos percatemos que en el fondo aún quedaba Elpis, ¡oh todavía la esperanza!



Es posible que física, simbólica o discursivamente busquemos inclinar toda relación de poder a nuestro beneficio. Pero es también posible que al final solo queden el juicio y la palabra como último recurso para salvar lo que todavía nos queda de humanidad.

## NOTAS

- 1 Mientras el Instituto de Medicina Legal presenta cifras de 11 meses (entre enero et noviembre) las cifras dadas por las otras dos entidades van de enero a octubre. De allí que los/as responsables del informe estimen que las cifras tenderían a aumentar. Ver: Balance preliminar en materia de afectaciones de Derechos Humanos y enfrentamientos armados en Colombia durante el 2023. En: <https://www.uexternado.edu.co/delfos-centro-analisis-datos/balance-preliminar-en-materia-de-homicidios-afectaciones-de-derechos-humanos-y-enfrentamientos-armados-en-colombia-durante-el-2023/>
- 2 Según la ONU, para 2022 Latinoamérica y el Caribe continuaba sigue siendo la región más violenta dl planeta con el 27% de los 458 homicidios. Y de una lista de 36 países Colombia ocupa el puesto n° 10 en la tasa de homicidios con un 25,7 por cada 100 000 habitantes. La lista la encabeza Jamaica con 52,13 y la cierra Bolivia con 3,4. Ver: [https://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/gsh/2023/GSH23\\_Special\\_Points.pdf](https://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/gsh/2023/GSH23_Special_Points.pdf)
- 3 La distancia entre el Estado de Panamá y el resto de Colombia, separados además por el istmo del Darién, y sobre todo los ánimos autonomistas de algunos jefes panameños frente a la desatención y abandono desde el gobierno Santaferreño (Bogotá) fueron claves en la separación definitiva. Si desde finales del siglo XIX Colombia por medio de una concesión otorgada al gobierno francés buscó conectar los océanos Pacífico y Atlántico, múltiples factores, y bien claramente los designios mercantiles y geopolíticos de los Estados Unidos, que se oponía a toda injerencia y presencia de una potencia europea en el resto del continente, terminaron materializando la separación en 1903 tras tratados que habían comenzado también en aquel siglo y que conducen a la indemnización de 25 millones de dólares que Colombia recibe por parte de Estados Unidos. Ver: Beluche Olmedo. *La separación de Panama de Colombia. Mitos y falsedades*. Tareas [en línea]. 2006, (122), 93-118. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=535055620006>. También, Cardona Zuluaga Patricia. Panamá: el istmo de la discordia. También: Documentos relativos a la separación de Panamá y a la normalización de las relaciones entre Estados Unidos y Colombia. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades* [en línea]. 2015, 17(33), 281-305[fecha de Consulta 13 de febrero de 2024]. ISSN: 1575-6823. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28238686014>. Otras lecturas adicionales pueden ser: Borda Guzmán, Sandra, ¿Porque somos tan parroquiales? Una breve historia internacional de Colombia. Bicentenario de la Independencia, Crítica, Bogotá; Sánchez Andrés, Agustín, Estados Unidos y la independencia de Panamá, online Biblioteca Cervantes.
- 4 Ver : Daniel Gutiérrez Ardila (2019). 1819: *Compañía de la Nueva Granada*, Carlos Camacho Arango, Editor, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, p14.
- 5 La independencia total no se logra en 1819, pues otras provincias, por lo menos hasta 1823 y en lo que hoy es el caribe colombiano, como también en los actuales departamentos de Nariño, Huila y Cauca, no habían logrado doblegar a los ejércitos de Fernando VII o no estaban muy convencidas del proyecto independentista y revolucionario. Ibid., pp 148-155.
- 6 Colombia solo tuvo tres guerras internacionales, dos con Ecuador y una con el Perú. Pero nada comparable en la gravedad ni las altas cifras en número de muertos y mutilados que tuvieron otras conflagraciones entre otras naciones suramericana entre la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX.

- 7 La cuestión es bien mucho más compleja, por lo mismo para una mejor comprensión ver: Tirado Mejía, Álvaro (1995) *Aspectos Sociales de las guerras civiles en Colombia*, Colección autores antioqueños -SEDUCA, Medellín, 562 p.
- 8 Ver : Meisel Roca, Adolfo ; Romero Prieto Julio E. “La mortalidad de la Guerra de los Mil Días, 1899-1902”. *Cuadernos de Historia económica y empresarial* N° 43, marzo 2017 - Banco de la Republica - CERR Cartagena, 40 p. en: [https://www.banrep.gov.co/sites/default/files/publicaciones/archivos/chee\\_43.pdf](https://www.banrep.gov.co/sites/default/files/publicaciones/archivos/chee_43.pdf)
- 9 Ver : Pecaut, Daniel, Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953. Norma, Bogotá, 597, p. También: Rehm, Lukas, (2014) “La construcción de *las subculturas políticas* en Colombia: los partidos tradicionales como antípodas políticas durante *La Violencia*, 1946-1964” en *Historia y Sociedad* N°27, julio-diciembre, Medellín, pp. 17-48.
- 10 Ver : Vásquez Píneros, María del Rosario, “Gamonales y alcaldes: Poder institucional y parainstitucional en la Primera Violencia (Colombia, 1930-1934)”, *Revista de Indias*, LXXVII/269 (Madrid, 2017): 305-304, doi:10.3989/revindias.2017/010.
- 11 Es importante hacer esta precisión ya que desde al fin de la “Hegemonía Conservadora” en 1930 y el acceso al poder de los liberales, los conservadores nunca serán luego mayoría en el Congreso, tanto en la Cámara como en el Senado. Es por ello que desde 1930 y por los menos hasta los años 70 u 80 va a hablarse de « Aplanadora Liberal ».
- 12 Ver: Uribe de Hincapié, María Teresa, “Las palabras de la guerra“, *Estudios Políticos*, N° 25. Medellín, julio-diciembre 2004, p. 15
- 13 Hay a mi juicio un hecho que no puede desconocerse y que tiene que ver con la publicación en 1962 de un primer libro científico que dio cuenta de los pormenores de este periodo. Precisamente bajo el título la Violencia en Colombia, en dos tomos, tiene como particularidad principal que es elaborado a tres manos, una de las cuales es la de quien dirigiera el proyecto, Monseñor Germán Guzmán Campos, quien trabajaba como clérigo en una región que padeció directamente los horrores de este trauma. En su empresa lo acompañaron también uno de los fundadores de la sociología en Colombia, Orlando Fals Borda, y un reconocido abogado, Eduardo Umaña Luna. Es a Guzmán Campos a quien se le debe principalmente el segundo tomo de ese libro, sin duda el que más aporta a la comprensión de ese fenómeno por las cifras e hipótesis que expone a cerca de los motivos, las características, los autores, las víctimas. Es precisamente en la introducción de la 9ª edición de ese mismo Tomo 2, firmada por Fals Borda, que es abordada la cuestión de la “responsabilidad conjunta”. Ver: Guzmán Campos, German; Fals Borda, Orlando; Umaña Luna Eduardo *La Violencia en Colombia* (1962- Tercer Mundo). Carlos Valencia Editores (9ª edición - 1986) Bogotá, pp. 19-22.
- 14 Sobre la FARC ver: Beltrán Villegas, Miguel Ángel (2015). *Las FARC-EP (1950-2015): Luchas de ira y esperanza*. Bogotá: Ediciones desde abajo, Grupo de Investigación América Latina: Transformaciones, dinámicas políticas y pensamiento social-Universidad Nacional de Colombia, p. 591. También: Eduardo Pizarro Leongómez, Las Farc, (1949-2011). *De guerrilla campesina a máquina de Guerra*, en especial el capítulo III, pp. 134-178, Norma, Bogotá, 2011.
- 15 Ver : “Antecedentes y surgimiento del ELN (1958-1965). La Violencia y el Frente Nacional” pp. 36-84 en: Medina Gallego, Carlos (2019) Ejército de Liberación Nacional (ELN). Historia de las Ideas Políticas (1958-2018), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. También ELN, FARC y EPL, Los mitos fundacionales pp 229-331, en: Darío, Villamizar (2017) *Las Guerrillas en Colombia. Una historia desde los orígenes hasta los confines*. Debate, Bogotá 828 p.
- 16 Ver: Villarraga, Álvaro; Plazas, Nelson (1994). *Para reconstruir los sueños (una historia del EPL)*, Fundación Progresar, Bogotá.
- 17 Es difícil saber con certeza quien hizo uso de este término por primera vez. Unas primeras ocurrencias se encuentran en documentos expuestos por abogados y defensores humanos fundados en las categorías jurídicas del Derecho internacional y buscando una tipología para la situación violenta en el país. Hay también apariciones en textos académicos y en comunicados hechos por las propias guerrillas. Y hay además un uso que va a propagarse en los medios de comunicación. Un aporte sugestivo, desde una óptica del análisis de discurso aparece en el subapartado « Designer la confrontation politique armée, pp 115-134. En : Serrano, Yeny (2012) *Nommer le conflit armé et ses acteurs en Colombie. Communication ou information médiatique ?*, L'Harmattan, Paris, 216 p.
- 18 Un eslogan proferido por el Cartel de Medellín y que aparecía a menudo en sus comunicados o amenazas sería “Preferimos una tumba en Colombia que una cárcel en los Estados Unidos”.
- 19 Es en ese periodo que aparece principalmente en Medellín y el departamento de Antioquia una organización denominada “los Pepes” de Perseguidos por Pablo Escobar” y que comienza una serie de acciones violentas contra personas relacionadas con aquel narcotraficante.
- 20 Pocos años antes lo mismo había ocurrido con el otro gran Cartel latinoamericano, el de Guadalajara, dirigido por el expolicía Miguel Felix Gallardo. Tras su captura aparecerían nuevos carteles en otros estados del país Azteca, y una guerra sin cuartel entre estos comenzaría. Tanto Gallardo como Escobar hacían parte de ese grupo de grandes jefes con renombre mundial que completaban el siciliano Salvatore, “Toto”, Riina, y el birmano y también otrora exmilitar Chang chi-fu o “Hhun sa” o Príncipe de la prosperidad”.
- 21 Ver: Pizarro Leongómez, Eduardo (2004) *Una democracia asediada. Balance y perspectivas del Conflicto armado en Colombia*. Norma, Bogotá, pp 92-99. También: <https://www.revistacienciasinep.com/home/el-proceso-constituyente-y-el-ataque-a-casa-verde/>
- 22 Ver: Romero, Mauricio (Compilador), (2007). *Parapolítica. La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Intermedio – Corporación Nuevo Arco Iris. Bogotá 472 p.
- 23 El Caguán, cuyo nombre obedece a un río que recorre los departamentos del Meta y del Caquetá, en el suroccidente de Colombia, fue como se le denominó a un territorio de cerca de 42 mil kilómetros cuadrados acordado entre el gobierno del Presidente Andrés Pastrana y las dirigencia de las FARC para que este grupo reagrupara el grueso de sus fuerzas mientras se desarrollaban los diálogos de paz.
- 24 No sin cierta ironía se expresaría un sacerdote por aquella época al declarar que : “Álvaro Uribe no es paramilitar. Pero los paramilitares sí son ‘urbistas””.
- 25 Dentro de estos proyectos quizás el más mencionando es el de los cultivos de palma de cera.
- 26 A modo de comparación pueden verse : Violencia homicida en Colombia, Informe técnico, IV edición, Ministerio de Salud: <https://www.ins.gov.co/BibliotecaDigital/informe-ons-4-violencia-homicida.pdf>; también: Chaparro-Narváez P, Cotes-Cantillo K, León-Quevedo W, Castañeda-Orjuela

C. Mortalidad por homicidios en Colombia, 1998-2012. biomédica [Internet]. 1 de diciembre de 2016 [citado 21 de febrero de 2024];36(4):572-8. Disponible en: <https://revistabiomedica.org/index.php/biomedica/article/view/2811>; También: <https://project-esri-co.maps.arcgis.com/apps/dashboards/ce431fae7e974a9f809974c75a07ef4b>; <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-8794653>

27 Ver : Prieto, Carlos Andrés, las Bacrim y el crimen organizado en Colombia, Friedrich Ebert Stiftung, 2013 en : <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/la-seguridad/09714.pdf>. También : Mac Dermott, Jeremy, “The BACRIM and Their Position in Colombia’s Underworld” en : <https://insightcrime.org/investigations/bacrim-and-their-position-in-colombia-underworld/>

28 Ver : Qué debemos entender por « Reconciliación ». Una entrevista con el intelectual alemán Martin Leiner <https://diariodepaz.com/2019/05/20/que-significa-reconciliacion-martin-leiner/>

29 Ver: Colombia. Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2021 – Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC) – Ministerio de Justicia y del Derecho en: [https://www.unodc.org/documents/crop-monitoring/Colombia/INFORME\\_MONITOREO\\_COL\\_2021.pdf](https://www.unodc.org/documents/crop-monitoring/Colombia/INFORME_MONITOREO_COL_2021.pdf)

30 Ver: Diagnostico multidimensional sobre las desigualdades en Colombia. Agence Française de Developpement – Fedesarrollo - DANE : <https://www.afd.fr/es/ressources/diagnostico-multidimensional-sobre-las-desigualdades-en-colombia>

31 El primer ciclo comienza en 1998 con la elección del exmilitar Hugo Chávez en Venezuela. En 2002 le siguen el dirigente sindical Lula da Silva en Brasil y el peronista de izquierda Néstor Kirchner, en Argentina (sus mandatos comienzan en 2003). Luego en 2006 son elegidos Evo Morales, en Bolivia, Michelle Bachelet, en Chile y Rafael Correa en Ecuador. Dicho ciclo se caracteriza por posiciones variadas, entre una férrea oposición al neoliberalismo y la ascendencia del coloso norteamericano en los asuntos del subcontinente y una conciliación con los sectores de la economía y el mercado nacional y mundial. El segundo ciclo puede decirse que inicia en 2018 con la elección de Andrés Manuel López Obrador, en México, Alberto Fernández, en Argentina y Luis Arce en Bolivia, por solo citar los casos más emblemáticos tiene como particularidades unas sociedades más polarizadas y que demandan atención a problemáticas del orden nacional y de crisis de la democracia. Sobre este nuevo ciclo ver: Maxwell A, Cameron, Agustín Goenaga, “Vive América Latina un segundo ciclo político de izquierda”, *Revista Política y gobierno*, volumen XXX, Numero 1, primer semestre 2023 en: <http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/1670/1091>

32 Para el caso de Europa ver los trabajos de los sociólogos Laurent Mucchielli y Pieter Spierenbourg. Histoire de l’homicide en Europe. La Découverte, 2009, o del también sociólogo Nicolas Bourgoïn, en particular: *La révolution sécuritaire* (1976-2012), Champ social, collection Questions de Société, 2013.

33 El autor comparte plenamente la tesis de María Teresa Uribe quien invitada a un seminario doctoral en la École des Hautes Études en Sciences Sociales en el primer semestre 2004-2005 por el especialista colombiano Daniel Pecaú, controvierte precisamente la tesis de este para quien en Colombia los grupos armados adelantan una “guerra contra la sociedad”; según la reconocida socióloga y politóloga colombiana, lo que ella observaba era más bien una “guerra por la sociedad”, ya que los actores armados buscan tener el respaldo y reconocimiento de las poblaciones, así sea por la coerción o la adhesión. Sobre la tesis del sociólogo francés ver : Pecaú, Daniel (2001) *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa, p. 308

34 Uribe de Hincapié, María Teresa, *Las palabras de la guerra*, Op, Cit, pp. 19.

## Bibliografía

Archila Neira, M. (2005) *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas Sociales en Colombia 1958-1990*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) – Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

Camacho Guizado, Á. and Guzman, Á. (1997) *La Violencia Urbana en Colombia: teorías, modalidades, perspectivas*, in Nuevas Visiones sobre la violencia en Colombia. Bogotá : IEPRI y FESCOL.

Deas, M. (1995) *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.

Dudley, S. (2004) *Walking Ghosts : Murder and Guerrilla Politics in Colombia*. New York: Routledge.

Guzmán Campos, G. and Fals Borda, O. and Umaña Luna, E. (1962) *La Violencia en Colombia, estudio de un proceso social*. Bogotá: Tercer Mundo, segunda edición.

Ocquist, P. (1978) *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá : Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca Banco Popular.

Pecaú, D. (2001) *Orden y Violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá : Norma.

Pecaú, D. (2001) *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Planeta Colombiana. Espasa.

Roldán, M. (2003) *A sangre y fuego. La violencia en Antioquia 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)- Fundación para la promoción de la ciencia y la tecnología.

Romero, M. (2007) *Nuevas guerras, paramilitares e ilegalidad: una trampa difícil de superar*, in Valencia, L. and Romero, M. et al, «Parapolítica, la ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos». Bogotá : Intermedio-Corporación Nuevo Arco Iris.

Sánchez Gómez, G. and Mertens, D. (2002) *Bandoleros, Gamonales y Campesinos. El Caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá : El Áncora.

Zapata Avila, J. G. (2009) “Despolitización del bipartidismo y nuevas violencias : consecuencias del Frente Nacional”, in *Revista Kabai* n° 9, noviembre Bogota: Universidad Nacional, pp.93-102